



Goethe

Elegías Romanas

1

A vosotros debemos el saber
que hemos sido felices una vez.
¡Decid, piedras; hablad vosotros, altos palacios!
¡Una palabra, oh vías! Genio, ¿no te conmueves?
Sí, un alma tiene todo dentro tus sacros muros,
¡oh Roma eterna! Solo que aun para mí está muda.
¡Oh, quién podría decirme en qué ventana antaño
vi la pura beldad cuyo fuego es un bálsamo!
¡Ay, qué torpe mi alma no adivina aún la senda,
vagando por la cual tiempo perdí precioso!
Templos, palacios, ruinas y columnas hoy miro
cual hombre que al viajar sacar provecho sabe.
Mas pronto su tarea termina y solo queda
un templo, el del amor, que a iniciados acoge.
¡Un mundo, en verdad, eres, Roma! Mas sin Amor,
¡ni el mundo sería mundo ni Roma fueras tú!

2

¡Rendid a quien queráis, parias! ¡Yo estoy ya a salvo!
Bellas damas, señores de la más rancia alcurnia,
comunicaos noticias de los viejos parientes
y a la cohibida charla siga el insulso juego.
Y vosotros también, con vuestras sosas peñas,
grandes y chicas, todo de tedio me llenáis,
repitiendo esas sandias políticas noticias
que a lo largo de Europa persiguen al viajero.
Igual que la canción de Mambrú a aquel inglés,
de París a Liorna y a Roma y aun a Nápoles,
antaño persiguiera; y si a Esmirna bogara,
también a recibirle allí Mambrú saliera.
Pues lo mismo yo ahora tengo que oír por doquier
censuras para el pueblo, para los reyes críticas.
Así que no tan pronto descubráis mi refugio,
que Amor, regio mecenas, se dignara prestarme.
Cúbrenme allí sus alas; y mi romana bella,
a fuer de tal no teme las lenguas viperinas;
de chismes no se cuida, que adivinar tan solo
los deseos del amado, solicita, pretende.
Del extranjero plácenle los libres, rudos modos,
que de montes y nieves y de cabañas dícnle;
la llama que en su pecho ella prende, comparte,
y celebra no aprecie como el romano el oro.
Mejor servida ahora su mesa está; de sobra
tiene trajes y un coche que la lleve a la Ópera.
De su nórdico huésped hija y madre se ufanan,
y en sus romanos pechos el bárbaro domina.

3

¡No te pese, oh amada, tan pronto haberte dado!
Segura está; de ti yo nada malo pienso.
Por modo muy diverso de Amor las flechas hieren:
las hay que el corazón lentamente envenenan,
y las hay que buidas, traspasan la médula
y en fiebre fulminante la sangre nos inflaman.
En los heroicos tiempos en que dioses y diosas
amaban, iban juntos mirada, deseo y goce.
¿Crees que usó de remilgos con el joven Anquisos
Venus cuando en los campos vio su apuesta figura?
¿Ni que al joven durmiente respetara la Luna,
sabiendo que, envidiosa, despertaría el Alba?
Miró Hero a su Leandro en medio de la fiesta,
y llegada la noche lanzóse él a las ondas.
Por agua al Tíber iba la virginal princesa
Rea Silvia, cuando Amor hirióla con su dardo.
¡Así Marte engendró sus hijos!... Una loba

amamantólos!... ¡Roma fue así reina del mundo!

4

Piadosos los amantes somos; culto rendimos
a todos los demonios, a todo Dios honramos.
¡Iguales a vosotros, romanos triunfadores!,
que en Roma a todos ellos ofrecisteis albergue;
a los egipcios, templos de nocturno basalto,
de blanco alegre mármol a los dioses de Grecia.
No habrán, pues, de enojarse, si en honor de uno de ellos
quemamos un incienso raramentepreciado.
Porque, no lo negamos, a un dios especialmente
cada día dedicamos nuestras preces e incienso.
Gravemente joviales, en secreto oficiamos,
y diz que tal secreto al iniciado cuadra.
Antes de las Erinnias la furia arrostraríamos
antes sufrir querríamos de Jove los rigores
en la rueda y la roca, que del grato servicio
amoroso perder el gustoso entusiasmo;
la diosa que adoramos se llama la Ocasión
y mostrársenos suele con mil varios aspectos.
De Prometeo pudiera la hija ser y de Tetis,
que con astucia varia engañaba a los héroes.
Ella también éngaña al inexperto y sandio,
al dormilón esquiva y al vigilante ayuda,
pero solo se entrega al activo y osado;
con él vuélvese mansa y cariñosa y tierna.
Yo también pude verla; es morena, y copioso
su negro pelo cubre su frente en demasía,
enrosándose en rizos en torno a su garganta,
y en no peinadas ondas junto a sus sendas sienas.
No me paré a pensarlo; cogí a la fugitiva,
y mis besos y abrazos, experta, devolvióme.
¡Qué dichoso sentirme! Pero pasó aquel tiempo,
y de romanos lazos ahora ya libre estoy.

5

Esta clásica tierra felizmente me inspira;
pretérito y presente por igual me seducen.
De los antiguos sigo el consejo, y sus obras
con mano ansiosa hojeo, y siempre en ello gozo.
Mas Amor en la noche de otro modo me ocupa,
y por poco que aprenda doblemente me ufano.
Pero ¿es que aprendo poco contemplando las formas
de esta viva escultura que mis manos moldean?

Ahora es cuando comprendo al mármol; pues lo estudio
con ojos sensltlvos y con manos videntes.
Y si del día la amada alguna hora me niega,
en cambio de la noche me las concede todas.
No todo se va en besos; que también conversamos,
y cuando le entra el sueño yo despierto medito.
Más de un poema, en sus brazos, he rimado, y a fe
que tecleando en su espalda suavemente, escandía
los latinos hexámetros. En tanto, ella en su plácido
sueño alentaba un soplo que mi sangre encendía.
Atizaba su antorcha Amor y recordaba
los tiempos en que al célebre triunvirato asistiera

6

"¿Es posible, ¡oh cruel!, que así tú me zahieras?
¿Se expresan de ese modo en tu país los amantes?
Pase que así lo haga el vulgo. ¡Con él peco...!
Aunque no; que a ti solo me siento yo obligada.
Estos trajes dirán a la mordaz vecina
que la viudita ya por su esposo no llora.
¿No te ponías tú mismo, en las noches de luna,
para venir a verme, un largo abrigo oscuro
y escondías tus melenas? ¿No fingiste el abate?
¿Conque tenía un prelado? ¡Y el prelado eras tú!
Pues, aunque no lo creas, ningún clérigo pudo
de mi favor Jactarse en la Roma levítica.
Y era joven y pobre, y ellos bien lo sabían.
Más de una vez miróme de reojo Falconieri
y Albani más de una, por medio de tercero,
a Ostia o las Cuatro Fuentes intentó atraerme en vano.
Jamás gracia me hicieron las medias encarnadas,
y menos todavía las de color morado...
Que si a broma mi madre lo tomaba, mi padre
me advertía: "Ten cuidado, que saldrás chasqueada.."
Y así, por fin, ha sido. Que si airado te finges
conmigo, solo es porque escaparte quieres...
Vete, pues, que no hay hombre que nuestro amor merezca:
su amor la mujer lleva, cual su niño, en el pecho.
En tanto que vosotros, al abrazar vehementes
con vuestro mismo ímpetu al atnor ahuyentáis..."
Así la amada habló, y al pequeño cogiendo,
entre besos y lágrimas contra el pecho apretólo...
¡Qué bochorno serltí, oh, qué ruines hablillas
de malignas comadres acluel cuadro empañaran!
Débil el fuego brilla y humea por un momento
cuando sobre su llama agua vertéis; mas pronto
se depura y acendra y más pujante torna
a elevar en el aire su penacho fulgente.

¡Cuán feliz soy en Roma! Evoco aquellos tiempos
 en que la turbia luz del Norte me envolvía,
 turbio y pesado el cielo sobre mí gravitaba,
 y sin color ni forma se me mostraba el mundo,
 haciendo que otease con pena los sombríos
 senderos que se abrían ante el yo insatisfecho.
 Ahora aquí, en el fulgente éter, los astros fulgen,
 y Febo, el dios, las formas suscita y los colores.
 Brilla en astros la noche, vibra en suaves canciones,
 y más que sol del Norte la luna resplandece.
 ¡Qué dicha!... ¿Será un sueño? ¿De veras, padre Júpiter,
 acoges a este huésped y tu ambrosía le brindas?
 ¡Ay', que a tus pies me postro y a tus rodillas tiendo
 las manos implorantes..., oh Jove hospitalario!
 No sé cómo hasta aquí llegara; al peregrino
 de la mano cogióle Hebe, y aquí le traje...
 ¿Acaso le ordenaste que un héroe te trajera?
 ¿Y ella erró la elección?... Pues su error aprovecho...
 Perdona... que Fortuna también es hija tuya...
 Y a capricho, cual hembra, sus favores reparte...
 ¿No eres hospitalario?... ¡Pues no arrojes entonces
 al huésped de tu Olimpo, lanzándolo a la tierra!
 "Poeta. ¡Mucho te encumbras!..." "Perdona: el Capitolio
 es tu segundo Olimpo, padre Jove... Tolera
 mi presencia un momento, que luego Hermes alígero,
 conduciráme al Arco por delante de Cestio."

Cuando dícesme, amada, que nunca te miraron
 con grado los hombres, ni hizo caso la madre
 de ti, hasta que en silencio una mujer te hiciste,
 lo dudo y me complace imaginarte rara,
 que asimismo a la vid faltan color y forma,
 cuando ya la frambuesa a dioses y hombres seduce.

Brilla otoñal la llama de los campestres lares;
 chisporrotea trepando por el sarmiento aprisa.

Más que nunca esta noche me agrada, pues aun antes
que la rama se tueste y se cambie en rescoldo
ha llegado mi amada. Reanímense los leños,
y la noche nos brinda tibia y fulgente fiesta.
Cuando en el alba aprisa del nupcial lecho salte,
tornará a suscitar del rescoldo la llama.
Pues, aparte otros dones, Amor le ha concedido
despabilar los goces si a dormitar empiezan...

10

Alejandro y Julio , y Enrique y Federico,
de buen grado me dieran la mitad de su gloria
porque solo una noche mi lecho les cediera;
mas, ¡ay, qué pobrecillos!, presos los tiene el Orco.
Así que date prisa a gozar, tú que vives,
antes que al pie fugaz te eche el lazo Leteo.

11

¡Oh Gracias! El poeta en vuestro altar depone
estas pocas hojillas en que rosas apuntan.
Complacido os ofrenda, que siempre se complace
el artista en su estudio, aunque un panteón semeje.
Su frente baja Jove y la suya alza Juno;
Febo avanza y sacude su rizada melena;
adusta, Palas mira, y el alígero Hermes
vuelve a un lado sus ojos, zumbones como tiernos.
Pero es a Baco, solo, soñador e indolente,
en quien Citeres fija sus ardientes miradas
de juvenil deseo que aun en el mármol tiemblan.
Recuerda sus caricias y preguntar parece:
"¿Por qué no estará aquí conmigo el guapo mozo?"

12

¿No percibes, amada, la alegre gritería
que en la flaminia senda resuena? Son braceros,
segadores que al fin tornan al patrio lar.
Cogieron ya la próspera cosecha del romano
que ni aun a Ceres misma corona ofrendar quiere.
De la gran diosa en honra fiestas no se celebran,
que en lugar de bellotas áureo trigo da al hombre.
¡Más el jocundo rito nosotros cumpliremos!

Que dos amantes juntos igual que un pueblo montan.
De aquel místico triunfo que al vencedor seguía,
arrancando de Eleusis, chablar tú nunca oíste?
Los griegos lo fundaron, y aun en la propia Roma
ellos solo gritaban: "¡ Honrad la sacra noche!"
Alejado el profano, expectante el neófito,
temblaba en su alba veste, de la pureza símbolo.
En tanto, el iniciado con asombro vagaba
por entre extraños corros, de figuras de ensueño,
sibilantes serpientes; cerrados cofrecillos
de espigas coronados portaban las doncellas;
sibilinos visajes el sacerdote hacía,
e impaciente el neófito, por la luz suspiraba.
Solo tras muchas pruebas descifrar le era dado
los misterios de aquellas simbólicas pinturas.
¡Y cuál era el arcano! Pues que también Deméter,
la gran diosa, de un héroe prendóse cierto día,
de Jasón, el monarca de Creta, valeroso,
y su cuerpo inmortal, inviolado, entrególe.
¡Oh Creta venturosa! Rebosantes de espigas
ve sus campos, que lecho a excelso amor brindaran.
En tanto al demás mundo la penuria afligía
por no rendir tributo a la gran diosa amable.
El iniciado, atónito, la leyenda escuchaba
y a la amada guiñaba el ojo...-¿lo estás viendo?-
¡Ese arrayán frondoso cubre un lugar sagrado!
¡Nuestro placer a nadie hacerle daño puede!

13

¡Un pícaro es Arnor que a quien lo cree engaña!
Humildoso a mí vino: "De mí no desconfíes;
contigo soy leal, que tu vida y tu lira
a cantar mis loanzas bien sé que consagraste...
Mira: hasta a Roma misma te he seguido, y quisiera,
en esta tierra extraña, procurarte algún gusto.
Quéjense los viajeros de las malas posadas,
mas la que Amor procura es grata y placentera.
Asombrado contemplas las antiguas ruinas
y cruzas reverente estos sagrados ámbitos.
Los valiosos vestigios prefieres de esas obras
cuyos autores yo de visitar gustara.
¡Esas formas yo mismo las plasmé! ¡No es jactancia;
tú mismo reconoces que lo que digo es cierto!
Tú en mi servicio ahora andas flojo: ¿dó están
las formas, los colores de tus creaciones bellas?
¿De nuevo la escultura te atrae? Aún está abierta
de los griegos la escuela, a pesar de los siglos.
Yo, el maestro, soy joven siempre y al joven amo.

¡Al viejo resabiado aborrezco! ¡Alegría!
Que en su tiempo los viejos maestros fueron jóvenes.
¡Diviértete y reviva en ti la antigua edad!
¿De dónde sacarás para tus cantos tema?
Del amor solamente, y para eso en mí fía."
Así el sofista habló. ¿Cómo contradecirle?
Y diz que yo hecho estoy a acatar sus mandatos.
Pero, ¡ay el traidorzuelo!, que si asunto me dio
para canciones, tiempo también robóme y calma;
miradas tiernas, besos y palabricas dulces
las amantes parejas en cambiar se complacen.
Es susurro la charla, es balbuceo el palique,
y de toda medida horro el himno resuena.
¡Oh Aurora, antario solo de las Musas amiga!
¿Es que también a ti el tuno Amor sedujo?
Su amigo ahora te muestras y cada día del sueño
despiértasme tan solo porque en su altar oficie...
Sus rizos en mi pecho descansan. Su cabeza
en mi brazo se apoya, que su cuello rodea.
¡Qué alegre despertar! ¡No disipes, oh tiempo,
la imagen del placer que en el sueño me halaga!
¡Muévase amodorrada, vuélvese al otro lado,
y, no obstante, su mano de la mía no se suelta!
Sincero amor nos une y querencia leal,
y la variedad sirve al deseo de acicate.
Su manecita aprieta, y nuevamente abierto,
el cielo de sus ojos me sonrío... ¡Oh, no, aguarda!
¡No los abras aún! Que me turban, marean,
y gustar no me dejan placer contemplativo...
¡Qué formas tan divinas! ¡Qué contornos tan nobles!
Durmiera así Ariadna, ¿la dejaras, Teseo,
sin una vez siquiera besar tan lindos labios?
Pero ya despertó... ¡Ya por siempre te quedas!...

14

"¡Mozo, enciende la lámpara!" "¡Aún es de día! ¿Por qué
gastar en balde aceite? ¡No cerréis las ventanas!
Tras las casas el sol, o tras los montes, pónese
aquí. Y aún media hora para la noche falta..."
"Cállate y obedece! A mi amada yo espero..."
¡Oh lámpara, emisaria de la noche, consuélame!

15

¡A Britania remota nunca a César siguiera;

más bien a Ja taberna con Floro me habría ido!
Que del Norte las tristes brumas me son odiosas
más que ruidosa plebe del claro mediodía.
Y de hoy más os adoro, tabernas, "hosterías",
cual muy cumplidamente os designa el romano.
Pues en una vez pude a mi amada en unión
de ese tío a quien por mí tan zalamera engaña.
Aquí estaba mi mesa rodeada de alemanes;
más allá con su madre se hallaba la muchacha,
y en su banco volverse acertaba de modo
que de perfil su cara y su nuca yo viera.
Alto hablaba, cual suelen hacerlo las romanas,
y el vino, por mirarme, sobre el mantel vertía.
Corría sobre la mesa, y con travieso dedo
ella hacía garabatos sobre la húmeda tabla;
nuestros nombres unidos trazaba; yo, curioso,
de sus dedos el grácil movimiento seguía,
hasta que al fin las cinco en estilo romano
con un palo delante dibujó. Y en seguida
borrólo todo, cauta, de un manotazo. Pero
de mi mente borrar no consiguió las cuatro.
Pensativo quedéme y los ardientes labios
mordíme de regusto al par que de impaciencia.
¡Qué largo hasta la noche! ¡Cuatro horas todavía!
¡Oh sol, cuál te demoras tu Roma contemplando!
Nada más grande viste, ni nunca habrás de ver,
según te prometiera tu sacerdote Horacio.
¡Mas no te detengas, y por favor aparta
de las siete colinas tu mirada más pronto!
Por amor a un poeta, abrevia las magníficas
horas que, embelesado, el pintor aprovecha;
que fugaz se deslice tu cálida mirada
por las altas fachadas, cúpulas y obeliscos;
corre ligero al mar, y madruga mañana
para ver lo que ha siglos divinamente gozas:
estas riberas en que de antiguo el junco medra,
esas cimas que densos bosques de sombra cubren.
Alguna choza antano; y de pronto presencias
la actividad alegre de un pueblo de bandidos.
De mil puntos diversos a este lugar acuden,
y apenas si algún otro tus miradas cautiva.
Viste primero un mundo aquí agitarse; luego
un mundo de ruinas que de nuevo se yergue.
Quiera amable la Parca hilarme un largo cabo,
para que largo tiempo aún aquí tu luz vea.
¡Pero que venga pronto la bien trazada hora!
¡Qué suerte! Esu aquí ya... No... ¡son solo las tres!
¡Oh caras Musas mías!, entretened mi tedio
en tanto separado de mi amada me aburro...
¡Pero quedad con Dios! Me voy... no os molestéis,

que Amor sobre vosotras primacía siempre tuvo.

16

"Por qué, oh amado, hoy no viniste a la viña?
Según te prometiera, allí te aguardé sola."
"Ya fui, mi dulce amiga; solo que por fortuna
a tiempo vi a tu tío, que andaba entre las cepas,
y cauto me escurrí..." "¡Oh, qué tonto que fuiste!
¡Si era un espantapájaros que con trapos y cañas
pergeñara! ¡Qué pena!, yo mismo me hice el daño...
De suerte, pues, que el viejo se salió con la suya
y al pájaro ahuyentó que uva roba y sobrina.

17

Muchos ruidos me enojan; pero el ladrar de un perro
es el que yo más odio, pues me desgarran el tímpano.
Pero hay uno al que oigo ladrar con gran fruición,
y es el de mi vecino, pues una vez ladróle
a mi amada, y por poco nos descubre el indino.
Ahora cuando ladrar lo oigo, pienso: "¡Ella viene!"
O con nostalgia evoco aquella vez que vino.

18

Hay otra cosa más que me pone furioso
y los nervios me crispa, sin que evitarlo pueda,
de pensarlo tan solo...; os lo diré, ¡oh amigos!:
El pasar en el lecho solitario las noches,
así como también el recelar serpientes,
del amor en la senda, y veneno en las rosas
del placer, cuando en medio del supremo deleite
la inquietud en tu oído su zumbido insinúa.
Por eso soy dichoso con Faustina, que el lecho
conmigo muy gustosa comparte, fiel al fiel.
A la audaz juventud el obstáculo encanta;
a mí, empero, me place gozar del bien seguro.
¡Oh sin par beatitud! ¡Cambiar besos tranquilos,
sorberse sin temor el aliento y la vida!
Así las largas noches ambos a dos gozamos,
y pecho contra pecho oímos fuera la lluvia
y el viento rugir. Luego alborea la mañana,

que nuevas flores trae, del nuevo día atavío.
¡No me neguéis, oh quirites, esta suprema dicha,
y permitid benignos que todos la disfruten!

19

Difícil es guardar la buena fama que esta
con Amor, mi alto dueño, sé que reñida está.
¿Por ventura sabéis de esa pugna la causa?
Viejas historias son que contar no rehúso.
Esa diosa potente nunca fuera bienquista
en sociedad, que gusta de llevar la batuta;
y así siempre en las altas, divinas asambleas,
en contra tuvo a grandes, pequeños y medianos.
Una vez, por ejemplo, jactóse tanfarrona
de haber esclavizado al bello hijo de Jove.
"Renacido, a mi Hércules aquí te traigo, ¡oh Júpiter!
-exclamó, jactanciosa-, que este no es ya aquel Hércules
que en Alcmena tuvieras, y el culto que me rinde
en un dios le convierte para todo mortal.
Si su mirada eleva al Olimpo, tú crees
que a tus rodillas mira...; ¡perdona!..., es a mí sola
a quien el héroe busca y sólo por mí, intrépido,
por merecerme, huella caminos nunca hollados.
Mas yo también al paso le salgo y encarezco
su fama antes que haya la hazaña acometido.
Me desposaste antaño con él... y ha de ser mío;
venció a las Amazonas..., mas yo lo venzo a él..."
Todos callaban serios ante la fanfarrona,
a fin de no enojarla, que es ducha en urdir tretas.
Mas Amor, que allí estaba, escurrióse ladino,
y por Venus de Hércules el pecho inflamó astuto.
Luego trocó travieso de los dos los arreos;
con la piel de león cargó ella y con la maza.
El héroe sus cabellos sembró de varias flores
y dócil a la rueca prestó su fuerte puño.
Luego que así los tuvo, Amor corre y convoca
para que se diviertan a todos los olímpicos.
"¡Mirad qué hazaña! ¡Nunca jamás vieran los cielos
ni la tierra ni el sol, incansable en su curso,
prodigio semejante al que a mostraros voy!"
Acuden todos luego en sus dichos fiando,
ya que en serio hubo hablado; la Fama la primera;
y ¿quién diréis que goza más que ninguno viendo
al héroe degradado? Pues Juno, que sonríe
en tanto que la Fama su pesar harto muestra.
Al principio reía. "¡Esas son sólo máscaras!
Yo conozco a mi héroe. ¡Esa es una comedia!"

Mas con dolor descubre después que no hay tal cosa.
No padeció Vulcano la milésima parte
cuando a su esposa viera con Marte allá en la fragua
cogidos en la red que él propio les tendiera,
aún en el dulce arrobo de su amor embebidos.
¡Cómo se divertían Mercurio y Baco, jóvenes!
"En verdad \$#151;confesaban- que es una buena idea
descansar en el seno de hembra tan deliciosa."
"Por favor-suplicaban-. No los sueltes, Vulcano,
que los queremos ver." Y Vulcano accediera.
Mas la Fama alejóse enojada, afligida.
Desde entonces la pugna no cesa entre ambos dioses;
en cuanto un héroe surge, ya el Amor está en danza.
Quien más honra la Fama es quien él más embroma,
y cuanto más moral más expuesto está el hombre,
que si huir de él intenta su situación agrava.
Lindas mozas le ofrece; si loco las desprecia,
en su pecho una airada saeta híncale luego.
Del hombre hace que el hombre se prenda, y aun deseo
de las bestias le infunde; y al beato
criminales placeres le hace gustar inquieto.
Pero también a él la Fama lo persigue;
no bien lo ve a tu lado tu enemiga se vuelve;
te pone cara adusta, despectiva y colérica;
abandona los lares que su rival frecuenta.
Tal a mí me sucede; ya a padecer empiezo;
que la diosa, celosa, mi misterio investiga.
Mas yo callo y acato; igual que yo, los griegos
padecieran antaño por las divinas luchas.

20

Cuadra al hombre energía y el aire desenvuelto,
mas guardar el sigilo todavía más le cumple.
¡Oh príncipe Silencio! Tú conquistas ciudades,
tú siempre por la vida me llevaste sin riesgo;
ahora en cambio... ese tuno de Amor la lengua suelta
de mi Musa y la mía, tanto tiempo coartada.
¡Ahora ya no veo medio de escapar al sonrojo!
Que Midas no logró cubrir con la corona
ni con el gorro frigio sus asnales orejas;
vióselas su criado, y tal su pecho graba
el secreto, que trata de enterrarlo en la tierra;
mal sabe guardar esta secretos de tal monta,
y así en seguida brotan mil susurrantes cañas
que publican: "¡De asno tiene Midas orejas!"
Bueno; pues más me cuesta a mí guardar mi dulce
secreto, que mis labios del corazón rebosan.
De amiga alguna puedo fiar, me reñiría;

ni de amigos tampoco, que correría peligro.
Y no soy hartado joven ni tan solo me encuentro
que pueda confiarle mi secreto a las rocas.
A vosotros lo fío, hexámetro y pentámetro;
decid, pues, cuánto gozo me aportan día y noche.
De tantos halagada, evita ella las redes
que abiertamente el fatuo y en secreto el ladino
le tienden; hábilmente los burla, y el camino
sigue donde el más fiel amador siempre aguarda.
¡Núblate, oh luna! ¡Viene! ¡Que no la vea el vecino!
¡Alborota la fronda, viento! ¡No oiga su paso!
Y vosotras, el vuelo alzad, caras canciones,
en este suave soplo del amoroso céfiro,
y a los quiritos altos, cual las gárrulas cañas,
revelad finalmente nuestro dulce secreto.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

